

Franz Kafka

Cartas

1900-1914

Obras completas IV

Edición dirigida por Jordi Llovet
Traducción de Adan Kovacsics



Galaxia Gutenberg

OBRAS COMPLETAS IV

FRANZ KAFKA

OBRAS COMPLETAS IV

Cartas

1900-1914

Edición dirigida por Jordi Llovet,
basada en la edición crítica de Hans-Gerd Koch,
al cuidado de Ignacio Echevarría

Traducción de Adan Kovacsics

Prólogo de Jordi Llovet



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

**Fundación
Hispanojudía**

Galaxia Gutenberg



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación,
Cultura y Deporte.

Fundación Hispanojudía

Esta edición ha recibido una ayuda de
la Fundación Hispanojudía
www.fundacionhispanojudia.org

Edición al cuidado de Ignacio Echevarría

Esta edición se basa en la edición crítica de las
Obras completas de Franz Kafka, publicadas por
S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2018

© Adan Kovacsics, 2018, por la traducción
© Jordi Llovet, 2018, por el prólogo
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B. 21218-2018
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-17355-59-3 (tomo IV)
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-257-6 (obra completa)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Sumario

Nota sobre esta edición,

XI

JORDI LLOVET

Prólogo

XXIX

CARTAS

1900-1914

I-852

ANEXOS

I. Cartas a Kafka (1902-1914)

855

II. Inscripciones en álbumes y dedicatorias
de Kafka (1897-1914)

887

III. Dedicatorias a Kafka (1907-1914)

893

Notas

897

APÉNDICES

Breve noticia de los destinatarios de las cartas de Kafka

1163

Cronología de la vida de Kafka (años 1900-1914)

1201

Índice de nombres y obras

1221

Índice de las reseñas biográficas de los destinatarios
de las cartas de Kafka

1231

Índice de las cartas a Kafka

1233

Índice de las inscripciones en álbumes
y dedicatorias de Kafka

1235

Índice de las dedicatorias a Kafka

1236

Índice cronológico de las cartas de Kafka

1237

CARTAS
1900-1914

1. A ELLI KAFKA, PRAGA

Triesch, sábado 21 de julio de 1900

Pequeña Elli, ¿qué aspecto tienes? Ya te he olvidado del todo, como si nunca te hubiera acariciado. Muchos saludos de

tu Franz

2. A PAUL KISCH, PRAGA

Praga, después del 19 de enero de 1901

Paul:

Me he enterado demasiado tarde de lo ocurrido y por eso no he podido escribirte a tiempo; aun así, ahora tampoco quiere esto amoldarse a lo que sería un pésame formal. Y a ti también te parecerá mejor, sin duda, que te diga las menos palabras posibles.

Por tanto, tras el pésame que no he expresado pero que percibirás, un deseo: «Mantener despejada la mirada».

Resulta desde luego difícil y hasta imposible en los primeros tiempos, pero tienes que intentarlo. El sol ilumina ahora estas palabras; a lo mejor te llevan un poco de su luz. Ése es mi deseo.

Tuyo,

Franz Kafka

Mi más sentido pésame a tu madre y a tus hermanos.

3. A ELLI KAFKA, PRAGA

Norderney, sábado 24 de agosto de 1901

[Impreso en la postal:] «Saludos de Norderney»

Franz

4. A OSKAR POLLAK, PRAGA

Praga, martes 4 de febrero de 1902

Mientras iba contigo el sábado, tomé conciencia de lo que necesitamos. No obstante, sólo te escribo hoy, porque esas cosas necesitan reposar y estirarse. Cuando conversamos, las palabras resultan duras, se anda sobre ellas como sobre un mal pavimento. Las cosas más delicadas adquieren pies toscos, y no por culpa nuestra. Casi nos estorbamos, yo te empujo a ti, y tú a mí. Yo no me atrevo y tú... Cuando tocamos asuntos que no son precisamente de cascabel gordo o *Der Kunstwart*, nos damos cuenta de repente de que somos disfraces provistos de máscaras, de que actuamos con gestos angulosos (yo sobre todo, sí) y entonces, de pronto, caemos en la tristeza y el cansancio. Cuando te cansas en compañía de alguien como en la mía, a menudo acabas enfermando de verdad. Entonces surge en mí la compasión y no puedo hacer nada ni decir nada y me salen palabras forzadas e intrascendentes, que puedes escuchar, mejores, de cualquier otro, y entonces callo y tú callas y te cansas y me canso y es todo un malestar estúpido y no merece la pena ni mover la mano. Pero ninguno quiere decírselo al otro, sea por vergüenza, sea por miedo o... Ya ves que nos tenemos miedo el uno al otro, o yo...

Entiendo que se canse uno de pasar los años ante un feo muro que no quiere desmoronarse. Sí, pero el muro teme por sí mismo y por el jardín (si es que existe); tú, en cambio, te irritas, bostezas, empiezas a sentir dolor de cabeza, no acabas de comprender.

Te habrás dado cuenta de que estamos decepcionados y malhumorados cada vez que nos vemos después de un tiempo,

hasta que nos acostumbremos al mal humor. Entonces tenemos que tapar los bostezos con palabras.

Me ha entrado miedo de que no entiendas esta carta. ¿Qué quiere este hombre? Sin rodeos ni ambages: cuando conversamos, nos vemos impedidos por cosas que queremos decir y no podemos decir como queremos, y las soltamos de tal manera que nos malentendemos, que no nos oímos, que incluso nos burlamos el uno del otro (yo digo: la miel es dulce, pero lo digo en voz baja o de manera estúpida o sin estilo, y tú replicas: hoy hace buen tiempo. Es, a decir verdad, un mal giro de la conversación). Y como lo intentamos sin cesar, pero nunca lo conseguimos, nos cansamos, nos quedamos descontentos y nos mostramos refractarios. Si intentáramos escribirlo nos sentiríamos más ligeros que cuando conversamos; podríamos hablar sin ninguna vergüenza sobre los cascabeles gordos o sobre *Der Kunstwart*, pues lo mejor estaría ya a buen recaudo. Es esto lo que pretende la carta. ¿Será una ocurrencia de los celos?

No tenía la seguridad de que llegaras a leer la última página, de modo que he garabateado esto tan peculiar aunque no forme parte de la carta.

Llevamos tres años conversando hasta el punto de que no se distingue lo tuyo de lo mío en algunas cosas. A menudo no podría decir si algo viene de mí o de ti, y tal vez a ti te ocurra lo mismo.

Además, me alegra tremendamente que trates a esa chica. Por ti, pues a mí me resulta indiferente. Pero hablas a menudo con ella, y no sólo por hablar. Puede suceder entonces que salgas con ella, que vayas aquí o allá o a Rostok con ella, y yo me quede en casa, sentado al escritorio. Estás hablando con ella y en medio de la frase alguien se levanta y hace una reverencia. Soy yo con mis palabras sin cincelar y mis gestos cuadrículados. La escena dura un instante, y después sigues hablando. Yo permanezco en casa, sentado al escritorio, y bostezo. Ya lo he vivido alguna vez. ¿No nos estaremos distanciando? ¿No resulta extraño? ¿Somos enemigos? Te quiero mucho.

5. A HUGO BERGMANN, PRAGA (?)

Praga (?), probablemente entre octubre de 1901 y febrero de 1902

Querido Hugo, me da la sensación de que tengo que saludarte.

Tuyo,

Franz

6. A OSKAR POLLAK

Liboch, martes 12 de agosto de 1902 o antes

Cuando alguien vuela por el mundo con botas de siete leguas, desde los bosques de Bohemia hasta los de Turingia, cuesta mucho alcanzarlo o tocarle ni que sea la puntita del abrigo. Así que no debería enfadarse. En consecuencia, ahora ya es demasiado tarde para Ilmenau. En Weimar, sin embargo –¿habrá en ello también alguna intención?–, te esperará una carta cargada de extrañezas que por estar tú tanto tiempo tumbado en el susodicho lugar resultarán más fuertes y refinadas. Ojalá.

Tuyo,

Franz

7. A OSKAR POLLAK, PRAGA (?)

Praga, domingo 24 de agosto de 1902 o antes

[Incompleta]

Estaba sentado a mi hermoso escritorio. No lo conoces. Cómo ibas a conocerlo. Resulta que es un escritorio de convicciones profundamente burguesas cuyo cometido es educar. Tiene dos terroríficas puntas de madera allí donde pone las rodillas el escribiente. Y ahora presta atención. Cuando uno se sienta con tranquilidad y cautela y escribe algo profundamente burgués, se halla a gusto. Pero ay si se agita y el cuerpo le tiembla un poco, porque las puntas se le clavan indefectiblemente en las rodillas, y cómo duelen. Podría enseñarte los moratones. ¿Qué

significa eso entonces?: «No escribas nada agitado ni dejes que tu cuerpo tiemble mientras tanto».

Estaba, pues, sentado a mi hermoso escritorio, escribiéndote la segunda carta. Sabes que una carta es como el carnero manso que sirve de guía a otros veinte corderos epistolares.

¡Uy, la puerta se ha abierto de súbito! ¿Quién ha entrado sin llamar? Un patrón descortés. Oh, es un huésped muy querido. Tu postal. Resulta peculiar esta primera postal que recibo aquí. La he leído innumerables veces, hasta sabérmela de memoria, y sólo cuando he empezado a extraer más de lo que realmente ponía llegó la hora de dejarlo y de romper mi carta. Zis, zas, ha hecho, y ahí se ha quedado, muerta.

Sí, he leído en la carta algo prolijamente expuesto, pero que no era nada bonito de leer: que recorres el país con el maligno y maldito crítico en el cuerpo, y eso no debe hacerse nunca.

Falso y equivocado de medio a medio me parece lo que escribes sobre el Museo Nacional Goethe. Entraste con fantasías e ideas de escuela y enseguida te dedicaste a ponerle peros al nombre. El nombre de «museo» es bueno, por supuesto, pero lo de «nacional» me parece aún mejor; no una cosa de mal gusto ni una profanación ni nada por el estilo, como tú dices, sino un toque de fina, finísima ironía. Lo que escribes sobre el cuarto de trabajo, que consideras el sanctasanctórum, vuelve a ser mera fantasía, una idea de escuela y un poco de filología germánica, que el diablo se la lleve.

Qué demonios, era sumamente fácil mantener el cuarto de trabajo en orden y arreglarlo luego y convertirlo en «museo» para la «nación». Cualquier carpintero o tapicero –si era hombre de bien y capaz de apreciar hasta el sacabotas de Goethe– podía hacerlo y merecía todo el elogio.

¿Sabes cuál sería el verdadero sanctasanctórum, lo más sagrado que podríamos poseer como recuerdo de Goethe? Las pisadas de sus recorridos solitarios por el país, eso. Y ahora viene el chiste, buenísimo, al que el buen Dios reacciona llorando con amargura y el infierno con una infernal risa convulsiva –nunca podemos tener el sanctasanctórum de un extraño, sólo el propio–; es un chiste excelente. Ya te lo ofrecí una vez en trocitos diminutos, en los jardines Chotek, pero tú ni llo-

raste ni te reíste, precisamente porque no eres ni el buen Dios ni el maligno.

En ti sólo vive el crítico maligno (estropicio de Turingia), que es un diablo de baja estofa del que sería preferible desprenderse.

Quiero contarte entonces, para tu provecho y disfrute, la extraña historia de cómo Wieland, que en paz descansa, fue superado en su día por Franz Kafka.

Siempre me perseguía, dondequiera que estuviera, tumbado o de pie. Cuando me hallaba sobre el muro del viñado y contemplaba el país y a lo mejor miraba o escuchaba algo ameno allá lejos detrás de las montañas, puedes estar seguro de que alguien se alzaba de pronto, de forma bastante ruidosa, tras el muro, decía mu, mu, con tono solemne, y exponía de manera ceremoniosa su acertada opinión de que el hermoso paisaje precisaba decididamente de un tratamiento. Explicaba con prolijidad el proyecto de una minuciosa monografía o de un encantador idilio y, para ser sincero, lo demostraba, además, de modo concluyente. Sólo podía oponerle a mí mismo, lo cual era bastante poco.

No puedes imaginar hasta qué punto me atormenta todo esto ahora. Humor patibulario y aire campestre es todo cuanto te he escrito, y día de luz estridente que se clava en los ojos es lo que te escribo. Mi tío de Madrid (director de una compañía ferroviaria) ha estado aquí, y por él he venido también a Praga. Poco antes de su llegada tuve la peregrina idea, demasiado peregrina por desgracia, de pedirle, no, no de pedirle, sino de preguntarle si podía ayudarme en estas cosas, si podía llevarme a algún sitio donde pudiera, por fin, ponerme manos a la obra. Pues bien, empecé con cautela. Es inútil que te lo explique con detalle. Se puso a hablar con unción, a pesar de ser, por todo lo demás, una persona muy agradable; me consoló, bien, bien. Nada, ¡volvamos la hoja! Callé de inmediato, sin querer, de hecho, y en los dos días que llevo en Praga por su causa no he vuelto a hablarle del asunto, a despecho de que paso todo el tiempo a su lado. Esta noche se marcha. Luego me iré yo, para pasar una semana en Liboch y después otra en Triesch; a continuación volveré a Praga y posteriormente me iré a Munich, a

estudiar, sí, a estudiar. ¿Por qué haces esas muecas? Sí, sí, estudiaré. ¿Por qué te escribo todo esto, de hecho? Tal vez sabía que era inútil, ¿para qué tiene uno los pies? ¿Por qué te lo he escrito? Para que conozcas mi postura respecto a la vida, esa que tropieza con las piedras allá fuera, igual que la pobre diligencia que hace traqueteando el trayecto de Liboch a Dauba. Has de tener paciencia y compasión con tu

Franz

Como no he escrito a nadie más, me resultaría incómodo que hablaras con alguien sobre mis interminables cartas. No lo harás. Si quieres responderme, lo cual sería sumamente amable de tu parte, aún puedes escribirme esta semana a las señas de antes, Liboch-Windischbauer, y después a Praga, Zeltnergasse 3.

8. A PAUL KISCH, PRAGA

Liboch, jueves 28 de agosto de 1902

¿Puede alguien dedicar la mañana a algo mejor que permanecer tumbado, con los ojos entornados, entre campos oscuros y prados floridos? No. ¿Y hay mejor manera de empezar la tarde que enviando una postal al pequeño Paul? Aquí la tienes.

Franz

9. A OSKAR POLLAK

Liboch, probablemente agosto de 1902

Sobre la carretera, justo frente al viñedo que se extiende en lo hondo del valle, hay una casita, la primera y última del pueblo. No tiene nada particular. Entre hermanos, a lo sumo vale cien miserables florines. Y, lo que es peor, ni siquiera Schultze-Naumburg podría usarla; a lo sumo, como ejemplo negativo. Probablemente sea yo el único, incluido el propietario, al que le gusta y al que le permite soñar. Es baja y pequeña. Ni siquiera es vieja. Al contrario, tendrá entre cinco y diez años como mucho. Cubierta de tejas. Una puerta pequeña, que, por lo visto,

sólo se puede franquear a gatas, y sendas ventanas a los lados. Todo simétrico, como salido de un libro de texto. Pero la puerta es de madera maciza, pintada de color marrón; las contraventanas, también pintadas de color marrón, permanecen siempre cerradas, llueva o luzca el sol. A todo esto, sin embargo, la casa está habitada. Ante la puerta hay, además, un banco de madera ancho y pesado que casi parece viejo. Y entonces, cuando vienen tres artesanos ambulantes por el camino, bastón en mano y morral demasiado ligero a la espalda, y se sientan allí a descansar y se enjugan el sudor de la frente y juntan las cabezas, todo esto puedo verlo perfectamente desde arriba, y la escena parece salida de un viejo, tranquilo y simpático cuento alemán.

10. A OSKAR POLLAK

Liboch, finales de agosto o principios de septiembre de 1902

Es un tiempo peculiar el que paso aquí, ya te habrás dado cuenta, y lo cierto es que yo necesitaba un tiempo peculiar como éste, un tiempo para pasar las horas tumbado sobre el muro de un viñedo, con la vista clavada en las nubes que no quieren marcharse, o en los extensos campos, que se vuelven aún más extensos cuando uno tiene un arco iris en los ojos, o para permanecer sentado en el jardín contando cuentos a los niños (sobre todo a una pequeña rubia de seis años, encantadora, según las mujeres) o construyendo castillos de arena o tallando mesas que, Dios es testigo, nunca salen bien. Un tiempo peculiar, ¿no?

O para caminar por los campos, todos pardos ahora y melancólicos, con los arados abandonados; sin embargo, se iluminan, plateados, cuando aparece a pesar de todo el sol de la tarde y proyecta sobre los surcos mi larga sombra (mi larga sombra, sí, a través de la cual accederé tal vez al reino de los cielos). ¿Has notado cómo bailan las sombras de finales de verano sobre la tierra negra y removida, con qué corporeidad bailan? ¿Has notado cómo se alza la tierra hacia la vaca que pasta, con qué confianza se alza? ¿Has notado cómo se desmigaja la tierra de labor grasa y pesada entre los dedos demasiado delicados, con qué solemnidad se desmigaja?

11. A ELVIRA STERK, PRAGA

Triesch, miércoles 3 de septiembre de 1902

... rodeado de encajes de Bruselas, delicados como telas de araña, sutiles como un temblor, crujientes, susurrantes, blancos como la luz del sol con una cinta color sangre en el medio

F.

12. A PAUL KISCH, PRAGA

Triesch, lunes 8 de septiembre de 1902

Muchas gracias por tu biliosa tarjeta,

Franz

13. A PAUL KISCH, PRAGA

Triesch, lunes 5 de noviembre de 1902

Cuando uno está sepultado entre pandectas e instituciones, puede ocurrir de vez en cuando que se tarde en responder a una postal. Lo cual no quiere decir que quien lleva una vida libre de pandectas deje de enviar las cartas prometidas. Eso piensa

Franz

14. A OSKAR POLLAK

Praga, sábado 20 de diciembre de 1902

Praga no suelta. A ninguno de los dos. Esa madrecita tiene garras. Hay que someterse o... Deberíamos prenderle fuego por dos lados, por Vyšehrad y por el Hradschin, entonces sería posible zafarse. A ver si te lo piensas hasta el carnaval.

Has leído mucho, pero no conoces la compleja historia del tímido larguirucho y del insincero en su corazón. Porque es nueva y difícil de contar.

El tímido larguirucho se había escondido en un viejo pueblo entre casitas bajas y estrechas callejuelas. Las callejuelas eran tan angostas que, cuando dos personas iban juntas, habían de arrimarse el uno al otro como buenos vecinos y amigos, y los cuartos eran tan bajos que, cuando el tímido larguirucho se levantaba de su taburete, atravesaba directamente el techo con su crisma grande y angulosa y, sin quererlo ni beberlo, se veía obligado a contemplar desde lo alto las techumbres de paja.

El insincero en su corazón residía en una gran ciudad que se emborrachaba noche tras noche y enloquecía noche tras noche. He ahí la felicidad de las ciudades. Y como la ciudad, así era también el insincero en su corazón. He ahí, concretamente, la felicidad de los insinceros.

Antes de Navidad, el larguirucho estaba sentado, con la cabeza gacha, junto a la ventana. Sus piernas no tenían cabida en el cuarto; así pues, las sacaba cómodamente por la ventana, de la cual colgaban meciéndose a ritmo placentero. Con sus torpes y delgados dedos de araña, tejía medias de lana para los campesinos. Concentraba los grises ojos en las agujas de tejer, puesto que había oscurecido.

Alguien llamó con suavidad a la puerta hecha con tablones. Era el insincero en su corazón. El larguirucho abrió la boca. El visitante sonrió. En un tris, el larguirucho empezó a avergonzarse. Se avergonzaba de su altura y de sus medias de lana y de su cuarto. No se ponía colorado, sin embargo, sino que seguía con su color de siempre, amarillo limón. Con vergüenza y dificultad puso en movimiento sus huesudas piernas y estiró, cohibido, la mano hacia el huésped. La mano atravesó el cuarto. Luego balbuceó unas palabras amables en dirección a las medias de lana que tenía delante.

El insincero en su corazón se sentó sobre un saco de harina y sonrió. También sonreía el larguirucho, cuyos ojos toqueteaban con timidez los botones brillantes del chaleco del visitante. Éste levantó los párpados y las palabras le salieron de la boca. Eran señores distinguidos con zapatos de charol y corbata in-

glesa y botones brillantes, y cuando se les preguntaba con disimulo: «¿Sabes lo que es sangre de sangre?», uno de ellos respondía no sin cierta agresividad. «Sí, uso corbatas inglesas». Y apenas salían los señoritos de la boca, se ponían de puntillas y se volvían grandes; y se acercaban entonces con pasos de baile al larguirucho, lo escalaban pellizcándolo y mordiéndolo y se introducían no sin dificultad en sus oídos.

El larguirucho se inquietaba entonces y su nariz olisqueaba el aire del cuarto. Dios mío, ¡qué cargado, qué estancado, qué viciado estaba el aire!

El extraño no paraba. Hablaba de sí, de los botones de su chaleco, de la ciudad, de sus sentimientos, todo en abigarrada mezcla. Y mientras hablaba, clavaba como de pasada el bastón puntiagudo en el vientre del larguirucho. Éste temblaba y sonreía. En eso, el insincero en su corazón dejó de hablar y sonrió satisfecho; el larguirucho esbozó una sonrisa y acompañó al huésped, en un gesto de cortesía, hasta la puerta hecha con tablonces, donde se dieron la mano.

El larguirucho volvía a estar solo. Lloraba. Se enjugaba las grandes lágrimas con las medias. Le dolía el corazón y no podía decírselo a nadie. Sin embargo, preguntas enfermas se le arrastraban desde las piernas hasta el alma.

¿Por qué ha venido a mí? ¿Porque soy un larguirucho? No, ¿porque...? ¿Lloro por compasión a mí o a él?

¿Lo quiero, en definitiva, o lo odio?

¿Me lo envía mi dios o mi diablo?

Así atenazaban los signos de interrogación al tímido larguirucho.

Volvió a dedicarse a las medias. Casi se clavó las agujas de tejer en los ojos. Porque había oscurecido aún más.

O sea, piénsatelo hasta el carnaval.

Tuyo,

Franz

15. A HUGO BERGMANN, PRAGA

Praga, 1902 (?)

[Carta no conservada. Su existencia se deduce del borrador de otra de Hugo Bergmann, escrita probablemente en 1902.]

16. A PAUL KISCH, MUNICH

Praga, miércoles 4 de febrero de 1903

¿El relato? No, no me parece un buen relato. Si lo hubiese leído en un libro, posiblemente lo habría pasado por alto sin arrepentirme ni darle más vueltas.

Una narración más de pluma y tinta, y ni siquiera obra de una pluma y una tinta especiales. Una historia que no se habría escrito, que no habría nacido sin un tintero y sin unas hojas de papel blanco en las que uno apunta con medida, correctamente, sí, correctamente, cosas medio leídas y medio oídas. (Me resulta extraño escribir así después de haber leído a Goethe y a éste y a aquél.) Una sacudida pequeña, una tesitura pequeña, una vida pequeña (no pequeña, pero empequeñecida), todo bien envuelto en respetables oraciones principales y relativas en lengua alemana, en ningún momento martillado por la necesidad –no tengo que escribir pero escribo– y en ningún momento vivido. Aún guardo un ejemplo en la memoria: los amantes están en la ventana, se abrazan, es Navidad. Escribe la pluma cruelmente: «Fuera se apelotonaba la caballería de los copos blancos». Allí has asestado un golpe mortal a los amantes.

Ser joven significa no escatimar y ser joven significa no respetar la gramática. El relato, sin embargo, escatima, y al lenguaje le debes menos de lo que crees.

Así pues, si hubiera dicho algo, habría dicho que se trataba de una historia inútil y habría cerrado el libro. Ahora resulta que me has leído el relato en voz alta. Lees bien, con sencillez, y, sin embargo, emociona. Querías emocionar. Uno cree en la sinceridad y en las vivencias. Uno se siente triste cuando ella muere

y querría estrecharte la mano. Pero luego se agregan muchas cosas que no proceden del relato. Al instante siguiente uno se siente frío e irritado, no sabe decir nada bueno ni nada malo y tiene la embarazosa sensación de no poder cumplir las expectativas que desearía cumplir.

Así veo yo tu relato. Querías sinceridad; de lo contrario no lo habrías escrito.

Haz el favor de enviarme algo más tuyo, creo que las cosas que escribes ahora en Munich no reconocerán las de Praga. En medio de un aire tan cortante hay que tener otros ojos y dedos y almas.

Aquí el aire es espeso y estadizo, de esos que se cortan con cuchillo de cocina, y sale de los dormitorios. Aquí hay que prevenirse de las ocurrencias, porque tan pronto como se las deja andar, echan panza y empiezan a sudar. Hace tres semanas pensaba en algo así como una taberna del Montmartre, en algo increíblemente fantástico. Al cabo de una semana, sin embargo, dicha taberna del Montmartre se había trasladado al parque municipal, precisamente al número 4, a la casa de _____, y se llamaba, de forma más ética y estética, _____, no hay manera de escribirlo, era bien educada, bebía licor de mala calidad y picaba alguna cosita. Lo gestionó Oskar. La intención es repetirlo cada quince días. Tú me sustituirás cuando vengas. Resulta que soy sustituible. No es precisamente aburrido, hay allí también bastante gente inteligente. Y eso es todo. Sí, sí, mientras uno bosteza aquí en los sofás, las cosas transcurren en Munich a velocidad de vértigo. Pero uno aparenta satisfacción, junta las manos sobre la barriga, si la tiene, sonrío y bosteza. Es un auténtico milagro que siga tan flaco como un espantapájaros.

Tuyo,

Franz

17. A PAUL KISCH, MUNICH

Praga, sábado 7 de febrero de 1903

¡Ten cuidado! Las letras y las palabras se vuelven joviales, expansivas, sonrían satisfechas sobre sus incipientes barrigas; otras todavía se tambalean sobre sus pies, tienen las mejillas amarillas y presentan una mala digestión. Pero no te extrañes, que eso me viene del estómago y del intestino, asquerosos, y de una estúpida cura para engordar.

Tus cartas parecen diferentes y más sanas, ora estabas tú en el patíbulo, ora en el seminario, ora eres un proxeneta. Son todos lugares y oficios buenos y vigorizantes; al menos están en movimiento los pies, y las manos dedicadas a escribir. Yo, en cambio... ¡Dios mío! Nado a ritmo lento, a un ritmo que se hunde. Me río una vez, cuando alguien me escribe de buena fe que poseo un buen estilo (como si fuera eso lo que deseo), luego asiento con mi cabeza deforme cuando otro escribe que abandono la historia de la literatura, y pienso seriamente: sí, tiene razón, no es regocijante pasarse la vida zumbando como una araña en torno a los libros, y el zumbido no es, además, necesario para que salga y se ponga el sol. Eso sí, era tremendamente divertido lo que escribiste sobre la reunión en casa de esa señora, de la señora del farmacéutico Fanta. Se podía prever que, si uno no se aburría en la primera ocasión, se irritara en la segunda y acabara avergonzándose en la tercera. Pronto vendrás. Por cierto, era todo mentira. Qué bonitas que son allá las veladas; la luna brilla fuera, aunque no se vea porque las cortinas están bajadas, pero así y todo brilla, y dentro la gente bebe, sorbe limonada azucarada sentada en unas sillas un poco duras. Hay cuatro chicas sentadas, dos señoras sentadas, siete señores sentados, pasan todos hasta tres horas sentados, y cuando vengas serán ocho los señores sentados. Uno se entretiene con charadas, juegos de prendas, prestidigitación y otras diversiones. También acuden artistas de maravillosa vanidad e incultura. Una canta y se llama señora Freund (¿son lobos hambrientos los que aúllan o son hienas?), la otra escribe poesía y se llama señora Freund (alguien se levanta: abriré la puerta, que aquí

debe de hacer mucho calor, hay dos señores que sudan mucho), la tercera pinta y se llama señora Freund.

Escribes si debo llevarte algo el 24 de marzo. Es una frase peligrosa. ¿Conoces Weinknecht, Theresienstrasse 66? Allí me gustaría pedir el joven San Juan de Donatello (color marfil o piedra) por tres marcos para mi madre (que cumple años el 24 de marzo). Resulta que he vuelto a caer en la cuenta demasiado tarde, pues me dice Oskar que pidió algo allí para alguien, pero tardó muchísimo en llegar. Si lo pides tú y encargas a la empresa que lo envuelva y lo envíe, supongo que llegará a tiempo. Si estás en las últimas, al punto de no poder adelantarme tres marcos hasta el día 20, te enviaré el dinero.

Después de haber soltado una petición, enseguida te arrojo, por cierto, otra a la cabeza. También quiero comprar algo para mí en la casa Weinknecht. Número de catálogo 64, ménade danzante (marfil amarillo), dos marcos. Es un relieve. Sería muy amable de tu parte que me pidieras las dos cosas; a cambio, te recibiría en la estación con mi familia gritando viva y hurra.

Tuyo,

Franz

18. A PAUL KISCH, MUNICH

Praga, martes 10 de marzo de 1903

Da igual que sean tres o cinco marcos, lo importante es que llegue a tiempo, lo cual parece imposible a estas alturas. O sea, deja a San Juan tranquilamente en Munich, si tienes la opción de cambiarlo, que ya encontraremos otra cosa para el cumpleaños. Eso sí, me alegraría mucho que me trajeras la ménade. Que te importune con estos asuntos no es tanto culpa mía, como me digo cada vez que te escribo. ¿Llegas sólo a principios de abril? Eso se debe a buen seguro a que te cuesta despedirte. ¿Cuántas lágrimas se vierten por ti?

Tuyo,

Franz

19. A PAUL KISCH, MUNICH

Praga, miércoles 11 de marzo de 1903

Que venga, pues, lo antes posible el Giovanni –remitido a Hermann Kafka, Praga, Zeltnergasse, mandaré ir a buscarlo a la aduana–, aunque probablemente no llegará antes del 24 de marzo a Praga. ¿Que la ménade no es bonita? ¿Sabes algo de lugares más baratos?

Por cierto, tienes una buena vida, que podría ser tres veces mejor, porque en Praga uno se recupera, yo llevo ya casi veinte años recuperándome. Como la sección literaria del Aula de Lectura y Oratoria te importa tanto, a buen seguro que pondrás ojitos de asombro cuando leas esto que te escribo: que Oskar es miembro de la comisión de la sección; Soudek quería fundar para mí una subsección dedicada a la «vida interior», pero su propuesta no parece haber prosperado. Puedo esperar.

Tuyo,

Franz K.

20. A PAUL KISCH, PRAGA

Weisser Hirsch, cerca de Dresde, domingo 23 de agosto de 1903

Aquí se bebe aire en vez de cerveza, se baña uno en aire y no en agua y prueba bastante bien. Pensé que algún día subirías desde Dresde.

Hasta pronto,

Franz K.

21. ELVIRA STERK, AQUISGRÁN

Weisser Hirsch, cerca de Dresde, domingo 23 de agosto de 1903

Con mis mejores saludos.

Suyo,

Franz K.

22. A OSKAR POLLAK, PRAGA (?)

Praga, domingo 6 de septiembre de 1903

6.IX

Quizá habría sido más sensato esperar con esta carta hasta verte y saber cómo te han sentado estos dos meses; lo que es a mí, son estos meses veraniegos, creo yo, los que me remueven de la manera más perceptible. Además, no he recibido de ti ni una postalita durante este verano y, por otra parte, no he intercambiado contigo ni una palabra que valiera la pena en el último medio año. Por tanto, es muy posible que envíe esta carta a un extraño que se enfade por la impertinencia o a un muerto que no pueda leerla o a un listo que se ría de ella. Sin embargo, tengo que escribirla y por eso no espero hasta comprobar, por ejemplo, que no debería hacerlo.

Porque quiero algo de ti, y no lo quiero por amistad ni por confianza, como tal vez podría imaginarse, no, sino por egoísmo, por puro egoísmo.

Es posible que te dieras cuenta de que empecé el verano con grandes expectativas, es posible que percibieras incluso desde la distancia lo que esperaba de este verano. Lo diré: hacer surgir con un solo gesto lo que creo llevar dentro (no siempre lo creo). Sólo podías notarlo desde la distancia y te habría besado las manos si hubieras estado a mi lado, porque me habría resultado siniestro ir acompañado de alguien que frunciera, fastidiado, la boca. Pero ese alguien no estaba fastidiado.

Ahora bien, el verano me obligó a despegar un poquito los labios. Estoy más sano (aunque precisamente hoy no me sienta del todo bien), más fuerte, he frecuentado a bastante gente, puedo hablar con mujeres. Es necesario que lo diga aquí todo. Pero el verano no me trajo ninguno de los milagros esperados.

Ahora, sin embargo, algo me fuerza a despegar los labios del todo, pero lo hace con suavidad, no, con fuerza, y alguien apostado detrás del árbol me dice en voz baja: «No harás nada sin los otros». Yo, sin embargo, escribo ahora con solemnidad y delicada sintaxis: «La actitud del ermitaño es repugnante, hay que poner los huevos con honestidad ante todo el mundo, que

el sol los incubará; es preferible morder la vida que morderse la lengua; has de venerar al topo y a su especie pero no convertirlo en tu santo». Me lo dice alguien que ya no está detrás del árbol: «¿Será verdad al fin y al cabo y un milagro del verano?».

(Escuchad, escuchad la inteligente introducción de una carta astuta. ¿Por qué es inteligente? Un pobre que hasta ahora nunca ha mendigado redacta una carta petitoria en cuya extenso preámbulo describe con palabras gimientes el arduo camino rumbo al conocimiento de que no mendigar es un vicio.)

Oye, ¿entiendes la sensación que ha de tener alguien al verse obligado a tirar solo de una diligencia amarilla llena de personas dormidas, todo en plena noche? Se siente triste, tiene unas cuantas lágrimas en la comisura de los ojos, progresa de hito en hito a paso lento, encorvado, y ha de mirar siempre la carretera que, sin embargo, no ofrece más que noche. Caray, cómo querría despertar a los tipos sentados en el carruaje, si tuviera una trompa de pistillón.

Oye, escúchame ahora si no estás cansado.

Te prepararé un paquete en el que encontrarás cuanto he escrito hasta ahora, que proviene de mí y de otros. No faltará nada salvo las cosas infantiles (ya ves que la desgracia se me posó tempranamente sobre la joroba) y aquello que ya no tengo y aquello que considero carente de valor para el caso y para los proyectos, que son países para quien los abriga y arena para los demás, y finalmente aquello que no puedo mostrarte, pues se estremece uno cuando se queda al desnudo y otro lo toquetea, aunque se lo haya suplicado de rodillas. Por cierto, en este último medio año no he escrito casi nada. Te daré, pues, lo que queda, que no sé cuánto es, siempre y cuando me escribas o me respondas con un sí a esto que quiero de ti.

Resulta que es algo especial, y aunque sea yo muy torpe escribiendo estas cosas (muy ignorante), es posible que lo sepas ya. No quiero de ti una respuesta a la pregunta de si supondría una alegría quedarse aquí esperando o si podría encenderse tranquilamente una hoguera; de hecho, ni siquiera quiero conocer tu postura respecto a mí, porque eso también tendría que son-sacártelo, es decir, quiero algo más liviano y más pesado, quiero que leas las hojas aunque sea con indiferencia y de mala gana.

Porque entre esas páginas hay también cosas de indiferencia y mala gana. Porque –por eso lo quiero– lo más querido y duro de lo mío es frío a pesar del sol, y sé que dos ojos extraños le darán, al mirarlo, más vida y más calor. Yo sólo escribo de forma más cálida y viva, eso es segurísimo, pues está escrito: «Magnífico es el sentimiento autónomo, pero resulta más eficaz el sentimiento que responde».

Pero por qué tanta alharaca, ¿no? Cojo un pedazo (ya que puedo más de lo que te doy y lo haré, sí), un pedazo de mi corazón, lo envuelvo pulcramente en unos pliegos de papel escrito y te lo entrego.

23. A OSKAR POLLAK, PRAGA (?)

Praga, probablemente después del 6 de septiembre de 1903

[De esta carta sólo se ha conservado el siguiente pasaje, reproducido en la biografía de Kafka escrita por Max Brod:]

Por tanto, a la quinta carta a Pollak [...] le sigue una inédita, de la que cito las siguientes líneas [...] «De las miles de líneas que te entrego podría escuchar diez, quizá, con un poco de paciencia, los toques de clarín de la carta anterior no eran necesarios, porque luego vienen, en vez de la revelación, unos garabatos infantiles... Te confieso abiertamente que una gran parte me resulta repugnante (por ejemplo, “La mañana” y otros), me resulta imposible leerlo entero y me doy por satisfecho con que aguantes unas catas. Tienes que considerar, sin embargo, que empecé en una época en que para “crear obras” había que escribir cosas ampulosas; no existe peor época para comenzar. Y yo estaba loco por las grandes palabras. Entre los papeles hay una hoja con nombres poco habituales y particularmente solemnes del calendario. Lo cierto es que necesitaba dos nombres para una novela y elegí finalmente los subrayados: Johannes y Beate (Renate ya me lo habían birlado), por su gruesa aureola. Casi resulta divertido».

Dicha carta contiene asimismo unos comentarios malignos de Kafka sobre un compañero de estudios que poseía «una can-

tividad inabarcable» de grandes palabras: «eran bloques, desde luego, y yo me desesperaba al ver con qué facilidad los arrojaba. No se podía ni pensar en acercarse y prometo no ser nunca más en mi vida tan envidioso como lo era entonces». A esto le sigue una autocrítica aún más dura: «Una cosa brilla por su ausencia en los cuadernos: la aplicación, la perseverancia, y como se llamen todas esas cosas extrañas». Luego añade: «Lo que me falta es disciplina. Y lo que menos quiero de ti hoy es que leas los cuadernos a medias. Tienes una habitación hermosa. Las lucecitas de las tiendas de abajo centellean veladas y diligentes. Quiero que a partir del sábado siguiente al próximo me dejes leerte media hora todos los sábados. Seré aplicado durante tres meses. Hoy sé una cosa sobre todo: el arte precisa del oficio más que el oficio del arte. Por supuesto, no creo que alguien pueda obligarse a parir, pero sí a educar a sus hijos».

24. A OSKAR POLLAK, CASTILLO DE OBERSTUDENETZ

Praga, domingo 8 de noviembre de 1903

Querido Oskar,

Quizá estoy contento de que te hayas marchado, como deberían estarlo los hombres si alguien trepara a la Luna para contemplarlos desde allí, porque esa conciencia, la de ser observados desde tal altura, les proporcionaría al menos una mínima certeza de que sus movimientos, palabras y deseos no resultan del todo cómicos y absurdos, siempre y cuando no se oigan las risas de la Luna en los observatorios. [...]

Estamos abandonados como niños perdidos en el bosque. Cuando te encuentras ante mí y me miras, ¿qué sabes tú de mis dolores y que sé yo de los tuyos? Y si me postrara ante ti y llorara y te contara, ¿sabrías más de mí que del infierno cuando alguien te dice que es tremendo y caluroso? Sólo por eso deberíamos ser los seres humanos tan respetuosos, tan pensativos, tan cariñosos los unos ante los otros como ante la entrada al infierno. [...]

Cuando alguien muere por un tiempo, como tú, dispone de la ventaja de ver de pronto con claridad, bajo una luz bondadosa y maligna a la vez, todas las circunstancias que, desde dentro, necesariamente han de verse borrosas. Sin embargo, también el superviviente tiene a su vez esa experiencia tan extraña.

Entre todos los jóvenes sólo he hablado, de hecho, contigo, y cuando hablaba con otros, lo hacía solamente de pasada o por ti o a través de ti o respecto a ti. Eras, además de muchas otras cosas, algo así como una ventana para mí, que me permitía ver las calles. Solo no podía, pues no llego al alféizar a pesar de mi altura.

Eso cambiará, por supuesto. Ahora también hablo con otros, aunque de forma más torpe, pero más conexas, y descubro, para mi asombro, qué posición ocupabas tú aquí. En esta ciudad que te resulta ajena residen algunas personas bastante inteligentes que te tenían por un ser venerable. De verdad. Y soy tan vanidoso que me alegra.

No sé por qué era así, si debido a que eras reservado o parecías reservado, o porque escuchabas de buena gana o lo dejabas intuir o lo hacías realmente, lo cierto es que creen algunos que te marchaste de ellos, a pesar de que, al fin y al cabo, sólo te fuiste de la muchacha.

Tu carta es mitad triste, mitad alegre. De hecho, no viajaste allí por el muchacho, sino a los campos y al bosque. Tú los ves, mientras que nosotros apenas vemos su primavera y su verano, y de su otoño y de su invierno sabemos poco más que Dios de nosotros.

Hoy es domingo y los empleados de comercio bajan como siempre por la plaza de San Venceslao exigiendo a voz en cuello el descanso dominical. Creo que sus claveles rojos y sus rostros estúpidos y judíos y sus gritos son algo muy sensato, casi como si un niño quisiera subir al cielo y llorara y chillara porque no le dan el taburete. De hecho, no quiere subir al cielo. Pero a los otros, a los que pasean por el Graben y sonríen, porque no saben aprovechar sus domingos, los abofetearía si tuviera la valentía necesaria y no sonriera yo mismo. Tú,

sin embargo, puedes reír en tu castillo, porque allí el cielo está cerca de la tierra, como escribes. [...]

Leo a Fechner, a Eckart. Algún libro parece la llave que permite abrir salas extrañas de tu propio castillo.

Las cosas que quería leerte y que te enviaré son piezas de un libro, *El niño y la ciudad*, del que yo mismo sólo poseo algunas partes. Para enviártelas, tendré que copiarlas, y eso requiere tiempo. Así pues, te enviaré algunas hojitas con cada carta (si no viera que el asunto avanza de un modo visible, pronto se me irían las ganas), y tú podrás leerlas luego en el contexto general. La primera pieza te llegará con la próxima carta.

Por cierto, hace tiempo que no he escrito nada. Me va de la siguiente manera a este respecto: Dios no quiere que escriba, pero yo tengo que hacerlo. Es por tanto un eterno arriba y abajo; al final Dios impone, no obstante, su poder, y hay en todo ello más desdicha de lo que puedes imaginar. Son tantas las fuerzas atadas en mí a una estaca, de la que quizá crecerá un árbol verde; sin embargo, liberadas podrían servirme a mí y al Estado. Con las quejas, sin embargo, uno no se sacude las piedras de molino del cuello, sobre todo si las quiere.

He aquí, además, algunos versos. Léelos en horas buenas.

Frío y duro es el día de hoy.
Las nubes se petrifican.
Los vientos son cabos que tironean.
Los hombres se petrifican.
Los pasos suenan a metal
sobre piedras de bronce,
y los ojos contemplan
blancos y anchos lagos.

En la vieja y pequeña ciudad
se alzan luminosas casitas navideñas,
sus cristales multicolores contemplan

la plazuela cubierta de blanco.
 Por la plaza de luz de luna camina
 en silencio un hombre en la nieve.
 El viento sopla su enorme sombra
 encima de las casitas.

Hombres que cruzan puentes oscuros,
 pasando ante santos
 con lánguidas lucecitas.
 Nubes que surcan cielos grises,
 pasando ante iglesias
 con torres crepusculares.
 Alguien que se apoya en el pretil de sillares
 y mira el agua del atardecer
 con las manos sobre las viejas piedras.

Tuyo,

Franz

25. A PAUL KISCH, PRAGA

Munich, jueves 26 de noviembre de 1903

Bueno, escribo esto en el Luitpold. He bebido un café malo y escribiré una postal aún peor.

En estos dos días he palpado lo más superficial de Munich y he podido echar un vistazo a su interior. Para poder hacerlo con más rapidez y autonomía, me he mantenido bastante alejado de Utitz y hoy, por desgracia, incluso me he perdido una cita. A partir de mañana me introduciré discretamente en la sociedad. Sacaré mucho provecho de Munich.

Tuyo,

Franz Kafka

Dirección: Pensión Lorenz, Sophiestrasse 15, 3^{er} piso.